

 GIOVANNI LEVI 



## *Repensando la Microhistoria Italiana, 30 años después<sup>1</sup>*

Imago  MundiImago  MundiImago  MundiImago  MundiImago  Mundi

**E**s posible que muy pocas experiencias historiográficas hayan suscitado tantos equívocos como lo ha hecho la microhistoria italiana. Su difundido éxito, ciertamente respondía a una serie múltiple de exigencias que se encontraban vigentes en el ambiente hacia finales de los años setenta e inicios de los años ochenta. Y ello a partir de un abanico muy diversificado, si no es que incluso polarizado de razones, en donde los jóvenes historiadores se sentían particularmente lejanos de quienes habían perdido toda fe en la historia total y en la capacidad de reconstruir también, aunque fuese sólo parcialmente, la verdad de los hechos del pasado, aunque igualmente alejados de aquellos otros que pensaban que la realidad era directamente legible a través de una serie de conceptualizaciones teóricas que eran en general de origen positivista, rigidizando los fenómenos, las relaciones de causa y efecto, y los instrumentos de interpretación. Pues éstas eran, en el fondo, las enfermedades que sufría la historiografía de la izquierda italiana de aquellos tiempos. Porque la ilusión de todo positivismo es el de pensar que ha logrado encontrar el hilo de Ariadna, la punta de la madeja que permite la explicación de todos los fenómenos sociales y culturales, de los fenómenos psicológicos igual que de los sociológicos. Pero esto implica una renuncia a la complejidad y a la problematización, renuncia que hace entrar por la fuerza a todas las cosas dentro de esquemas preconstruidos de una vez y para siempre. Y todos estos trazos han tenido una dolorosa serie de efectos sobre la política, antes aún que sobre el propio modo de concebir a la historia.

El origen del equívoco sobre la microhistoria italiana, partió incluso, seguramente, de su propio nombre, que se prestaba a resaltar las cosas pequeñas, los acontecimientos, los itinerarios individuales, mucho más que a ser concebida como una

nueva perspectiva de metodología histórica, de análisis minucioso y de una observación profunda, concentrada sobre un punto determinado del tejido histórico. Podemos entonces decir que la principal de estas vulgarizaciones de la microhistoria italiana,

GIOVANNI LEVI/REPENSANDO LA MICROHISTORIA ITALIANA, 30 AÑOS ...  GIOVANNI LEVI/REPENSANDO LA MICROHISTORIA ITALIANA, 30 AÑOS ...



<sup>1</sup> Este texto que hoy publicamos, nos ha sido entregado directamente por su autor, con la autorización expresa para su traducción al español y su publicación dentro de nuestra revista *Contrahistorias*. Se trata de un interesante balance crítico de la fundamental perspectiva de la microhistoria italiana, realizado por uno de sus principales protagonistas e impulsores, tres décadas después del nacimiento de dicha corriente historiográfica italiana. *Contrahistorias* lo publica ahora, en esta traducción del italiano al español de Carlos Antonio Aguirre Rojas.

ha estado conectada con una serie de elementos que entonces estaban entrando en ebullición, y que han sido denominados diversamente, a veces como procesos del retorno de la narración, o también como el regreso del acontecimiento. Partimos entonces de este enfoque que nace, en mi opinión, no sólo de un equívoco respecto de lo que la microhistoria se proponía, sino también de una imagen errada en torno al propio oficio del historiador, y a su relación con los hechos, así como de una imagen igualmente deformada del problema de la traducción de la realidad al plano de la escritura, así como de las relaciones entre conocimiento y hechos, tal y como estos son concebidos “allá afuera”.

A pesar de que son muchas y muy diversas las posturas y las motivaciones que han llevado a esa mala comprensión de la microhistoria vinculada en su origen con el trabajo de un grupo de investigadores italianos, todas ellas comparten el rasgo de haber centrado su atención principal mucho más en los temas tratados por esos microhistoriadores italianos, que en los problemas de método por ellos planteados. De este modo, podemos decir que hay solamente dos lecturas contrapuestas de la microhistoria italiana: una que reenvía a una teoría de la historia muy tradicional, en la cual el contenido prevalece sobre el método, y la otra, que insiste sobre el método y sobre la discusión del aspecto cognoscitivo de la investigación histórica, haciendo prevalecer de algún modo este aspecto sobre el contenido de la investigación.

Tomaré como ejemplo de la primera posición a Peter Burke, el que habiéndose dedicado mucho más a la macrohistoria, se ha interesado no obstante, en una medida

considerable, también en la microhistoria, contribuyendo de una manera relevante a la propagación de una interpretación de esta última “en torno a sus contenidos”. Así, en un artículo reciente, define a la microhistoria según él a partir de tres puntos:

1. “La definición intermedia escogida aquí, es la de llamar 'microhistoria' a todo estudio de lo local, o realizado en una pequeña escala, que es tomado para tratar de iluminar problemas más amplios... el punto, en las palabras de Hans Medick, es ver a la historia local como historia general... es decir el estudio de una comunidad”.
2. “Una segunda variedad de la microhistoria puede ser llamada la 'microbiografía', es decir la biografía de un individuo relativamente insignificante”.
3. Una tercera variedad de la microhistoria es la narración de un acontecimiento en pequeña escala, que puede haber tenido o puede no haber tenido repercusiones más amplias... el así llamado “retorno de la narración” también provee en este sentido de un cierto apoyo para la microhistoria”.

En esta concepción, el nacimiento de la microhistoria italiana, para Peter Burke, está estrechamente ligado “a la pérdida posmoderna de credibilidad en las grandes narraciones, sean estas liberales o marxistas... y a la crítica de las estructuras y al énfasis en lo individual”<sup>2</sup>.

En la opinión de Burke, la novedad y la caracterización de la microhistoria italiana están entonces referidos a sus contenidos, a la historia vista desde abajo, a la atención dada al individuo y al acontecimiento como críticas del carácter cognoscitivo que la antigua historia creía tener antes de la crisis de las grandes ideologías, y como expresión de la desconfianza en la investigación de la verdad



<sup>2</sup> Véase Peter Burke, “The invention of micro-history”, en *Rivista di Storia Economica*, Nueva Serie, Vol. XXIV, 2008, pp. 262-264.

del pasado, así como en la disolución de la historia dentro de la narración y la ficción.

Naturalmente todas las interpretaciones son legítimas, y sobre todo ahora que la etiqueta de microhistoria se ha ampliado tanto como para llegar a abarcar toda una cantidad desmesurada de escritos, los que en cierto sentido nos remiten a las varias definiciones a las cuales Peter Burke hace referencia. No obstante, sigue siendo cierto que la experiencia de un grupo pequeño de historiadores italianos, a la cual se vinculó esa experiencia del surgimiento de la microhistoria italiana a finales de los años setenta, ha sido totalmente diferente.

Trataré de dar, en cualquier caso, una imagen con un acento personal respecto de lo que fue esta microhistoria italiana, aun cuando creo que mi opinión puede reflejar una opinión compartida por muchos de los microhistoriadores italianos. En primer lugar, cabe señalar que su nacimiento, concretado a finales de los años setenta, ha tenido también un origen político. Pues esos eran años de estancamiento de la izquierda italiana, dentro de la cual muchas tensiones y muchos acontecimientos misteriosos y nunca del todo aclarados, oscilaban entre una restauración conservadora, posterior al otoño caliente del movimiento de 1968, o de otra parte el terrorismo y los atentados, y todo ello junto a los desafíos del movimiento sindical y de sus instancias consejistas e igualitarias, las que habían puesto en evidencia la debilidad de las fuerzas progresistas en Italia, así como los límites y la inercia de su propio análisis político.

*De modo que la microhistoria italiana nació, al menos para mí, de la necesidad de recuperar la complejidad del análisis, del rechazo frente a esas lecturas esquemáticas y generales, y del ánimo de tratar realmente de investigar cómo es que se originaban los comportamientos, las elecciones y los vínculos de solidaridad.*

Ya que siendo hija de una larga tradición obrerista, esa izquierda italiana se había estancado en una imagen estática de la estructura social, acomodándose a una idea de un cierto automatismo derivado de la pertenencia de clase, y de las elecciones políticas e ideológicas. Pero frente a los grandes cambios en el nivel de la economía y de la sociedad, las simplificaciones de su lectura comenzaban a mostrar toda su esterilidad. Y esto era tan verdadero en la historiografía como lo era en la historia del movimiento obrero, y también en cuanto a la interpretación histórica del desarrollo deformado de la economía italiana.

De modo que la microhistoria italiana nació, al menos para mí, de la necesidad de recuperar la complejidad del análisis, del rechazo frente a esas lecturas esquemáticas y generales, y del ánimo de tratar realmente de investigar cómo es que se originaban los comportamientos, las elecciones y los vínculos de solidaridad.

Felizmente, existían ya entonces ciertos modelos importantes en la línea de estas mismas reflexiones, comenzando con la propia lectura de Gramsci hecha por la historiografía marxista inglesa de Edward Palmer Thompson en particular, o el trabajo minucioso de los antropólogos de Manchester (Clyde Mitchell por ejemplo), o ciertos investigadores que se encontraban muy aislados, pero que eran muy innovadores, como Nathalie Zemon Davis. Y también al interior de la redacción de la revista *Quaderni Storici*, en la cual muchos de nosotros colaborábamos (Edoardo

Greudi, Carlo Poni, Carlo Ginzburg), se comenzó a debatir respecto de este problema, que podemos definir como el de esa recuperación de la complejidad del análisis.

De este modo, en 1980-81 nació la colección “Microstorie” dentro de la Editorial Einaudi. Nació a partir de un breve manifiesto que lleva mi firma, pero que en realidad era producto de una discusión con algunos otros, y especialmente con Carlo Ginzburg, con quien después dirigí conjuntamente dicha colección. Y creo que es esta una buena ocasión para reproducir aquel documento, que me parece que ulteriormente ha sido injustamente borrado de la discusión:

“Los historiadores discuten frecuentemente sus clasificaciones, como lo hace el Duque de Auge en el libro *Las flores azules* de Raymond Queneau, cuando interrogaba a Don Viroton el Capellán:

- Dime un poco, este Concilio de Basilea ¿es historia universal?
- Sí, es historia universal en general.– ¿Y mis cañoncitos?
- Eso es historia general en particular.
- ¿Y el matrimonio de mis hijas?
- A duras penas es historia de los acontecimientos. Cuando mucho microhistoria.
- ¿Historia qué? Grita el Duque de Auge ¿qué diablos de lenguaje es este? ¿qué día es hoy? ¿Pentecostés?
- Excúseme por favor señor. Todo esto es efecto de mi cansancio”<sup>3</sup>.

Esta irónica jerarquía de la historia y el cansancio del Capellán son ciertamente muy diversas de las motivaciones por las cuales ha nacido la colección *Microstorie*. Pues la

condena del acontecimiento en favor de los fenómenos estructurales, es una vieja discusión que hoy ha sido ya superada. Pero el problema que ella planteaba permanece todavía vigente. ¿Cómo llegar a construir generalizaciones sin anular en este proceso a los individuos y a las situaciones? O viceversa, ¿cómo describir situaciones y personas sin caer en tipologías y ejemplos prototípicos, pero sin renunciar a la comprensión de los problemas generales?

Es tal vez partiendo de este problema no resuelto que los historiadores han expresado su insatisfacción, afrontándola a veces mediante el descubrimiento de nuevas realidades, o de nuevos temas y de nuevos sujetos. Pero el resultado corre el riesgo de ser un poco lamentable. Porque la historiografía, en este proceso, ha terminado por renegar y anular a las clases populares, a las mujeres, a las culturas orales, a la vida cotidiana, a los mundos marginales y a las sociedades distintas de la nuestra. Y no quiero ciertamente sustraerme a la parte de reclamaciones que a mí mismo me corresponden. Pero sí tengo claro que no basta hablar de alguien, para incluirlo realmente dentro de la historia del mundo, para mostrar su presencia y su específica importancia. Para lograr todo esto, se vuelve central el modo de hablar de él.

Por eso, la microhistoria quiere ser sobre todo una tentativa: la de describir o narrar sin esconder las reglas del juego que el historiador ha seguido en su investigación histórica. Y esto, ciertamente, no sólo con la referencia a los documentos, lo que es parte de la ética profesional normal. Sino más bien con la declaración abierta del proceso a través del cual la historia que es presentada ha sido construida: los caminos correctos y los



<sup>3</sup>Véase Giovanni Levi, “Microstorie: una proposta” en *Bollettino Einaudi*, 1981, p. 14.

caminos fallidos, la manera en que las preguntas han sido formuladas y la manera en que las respuestas han sido buscadas. Para que el trabajo menudo de laboratorio no permanezca escondido y para que la receta no se conserve como un secreto del cocinero. Porque tal vez los verdaderos excluidos en la atención de los historiadores no son tanto los protagonistas olvidados de los procesos y de los hechos históricos, sino más bien los lectores, extraviados entre genéricas interpretaciones generales, así como entre opiniones discutidas en condiciones desiguales entre el que escribe y el que lee, o entre los mecanismos causales hipersimplificados y establecidos por unos pocos. De esta investigación hecha a partir del nombre del asesino, el verdadero excluido es quizá el consumidor de los libros de historia.

Así, la microhistoria italiana no es necesariamente y sobre todo la historia de los excluidos, de los pequeños, de los que se encuentran lejos de los reflectores de la historia. Sino que quiere ser más bien la reconstrucción de momentos, de situaciones y de personas que investigadas con un ojo analítico dentro de un ámbito circunscrito, recuperan entonces su verdadero peso y su verdadero color, no como simples ejemplos a falta de una explicación mejor, sino como referencias de los hechos en la complejidad absoluta de sus contextos, dentro de los cuales esos hombres se mueven.

Porque la escala se reduce respecto a las perspectivas habituales, y esto de inmediato pone en discusión los instrumentos conceptuales de nuestro oficio, los que desgastados a fuerza de haber sido utilizados tantas veces, entre alusiones y metáforas, se han terminado por cubrir de una capa de ambigüedad. Pensemos por ejemplo en las

definiciones cómodas que hoy se dan para explicar formaciones y comportamientos políticos, o estratificaciones sociales y formas de poder: cultura popular, estratos medios, clase obrera, Estado Absoluto, ciudadanos. A pesar de la utilidad de estos conceptos, ellos siempre requieren ahora la especificación, y también la verificación de situaciones concretas en las cuales el individuo abstracto logra su ubicación en la realidad, dentro de una forma particular de sociedad, cuyas circunstancias concretas son las únicas que permiten comprender el éxito o el fracaso de sus esfuerzos por cambiarlas.

Escogiendo los títulos de la colección, habíamos partido de estas consideraciones, que proponían dos alternativas no mistificadoras en el estudio de los mecanismos de las causas dentro de los hechos sociales. De un lado, el aislamiento consciente de un sistema normativo (las leyes del matrimonio consanguíneo, como es el caso del libro de Raúl Merzario<sup>4</sup>, por ejemplo), sin introducir subrepticamente la pretensión de que esto explique a una sociedad en toda su complejidad: es el aislamiento, bajo la lente del investigador y del lector, de un fragmento que para funcionar deberá ser reintroducido dentro de su contexto complejo, pero que ha sido experimentalmente separado para tratar de hacerlo que se mueva en el vacío. De otra parte, el estudio de situaciones o personas dentro de su contexto, es decir, dentro de la compleja relación de elecciones libres y de vínculos que el individuo y el grupo tratan de desarrollar dentro de los intersticios de la pluralidad contradictoria de sistemas normativos que los constriñen y los obligan. Esta elección y estas contradicciones son el motor interno del cambio social, que no es

GIOVANNI LEVI/REPENSANDO LA MICROHISTORIA ITALIANA, 30 AÑOS ...  GIOVANNI LEVI/REPENSANDO LA MICROHISTORIA ITALIANA, 30 AÑOS ...



<sup>4</sup> Véase R. Merzario, *Il paese stretto. Strategie matrimoniali nella diocesi di Como. Secoli XVI-XVIII*, Ed. Einaudi, Turín, 1981.

visto entonces en un sentido único, con un poder inmóvil e inmodificable, sino en los momentos extraordinarios de la revuelta abierta, pero como fruto de un continuo conflicto cuyos efectos pueden ser medidos por el historiador. Lo normal, lo cotidiano, se convierten así en protagonistas de la historia, y las situaciones singulares asumen la intensidad de un punto de vista que es capaz de explicar esos funcionamientos sociales complejos.

Muy frecuentemente las explicaciones que simplifican los mecanismos causales, tienden a describir el pasado como un terrible mecanismo de necesidad biológica, política o económica. Se ha introducido así una visión evolucionista, apologética del presente y de los hechos existentes. En este sentido, las dos alternativas mencionadas que tratamos de documentar, y las reglas en conflicto que operan en cada situación, quieren también ser una perspectiva de investigación diversa. Como lo es el conjunto de los escritos de Edward Palmer Thompson que se encuentran en la raíz de toda la renovación de la historia social, y que son, en sus propias palabras, una respuesta frente a todos aquellos que describen “al hombre como encadenado por la necesidad, y sobre el cual domina un único absoluto”.

Las palabras claves eran entonces evidentes: lente o microscopio, experimento, contexto, complejidad, elección, vínculos, intersticios, conflicto, punto de vista. Una serie de prácticas y de métodos, mucho más que una teoría. En todo caso, la propuesta de la microhistoria italiana se agregaba a un mundo historiográfico que atravesaba por un momento muy sensible. Y no era sólo el carácter de transformación profunda que caracterizó a los años ochenta desde su inicio. También la crisis del sistema soviético, que se acercaba junto a la fragmentación del sistema mundial después del fin del bipartidismo, han hecho sentir con

brutal evidencia sus efectos también dentro del debate historiográfico, poniendo en crisis a la historiografía de inspiración marxista, pero más en general también a la historia social.

La experiencia central de los *Annales* franceses, que hablaban de un verdadero giro crítico, o los “Estudios Subalternos” indios, que abandonaron su primera etapa marxista para pasar a una etapa en la que la atención estaba confusamente centrada en los estudios postcoloniales, hacían que en el centro de la atención fueran apareciendo progresivamente temáticas culturalistas, las que cada vez más se abrían a las dudas relativistas del deconstruccionismo, o a la identificación de la historiografía con la ficción. La historiografía misma, por otra parte, había perdido su centralidad dentro de las ciencias humanas, porque resulta difícil estudiar el pasado cuando no se tienen también perspectivas para el futuro, y también porque el rol central que había tenido hasta finales de los años sesenta, la había hecho retrasarse respecto a los debates que las otras ciencias humanas afrontaban.

Debates en torno de la definición de una racionalidad incompleta y no uniforme en la teoría económica, o en referencia a la autoridad del propio científico, reflexionada y teorizada por la antropología, o sobre la ambigüedad de la identidad personal y la no linealidad del personaje dentro de la teoría literaria y dentro de la novela. Y contemporáneamente, también el sentido común historiográfico había cambiado frente a las simplificaciones y a la aceleración con la cual los medios de comunicación masiva proponían temáticas históricas, frente a una lentitud de la investigación y una complejidad que debía ser reconstruida precisamente por esa historiografía, la que notoriamente no estaba en posibilidad de asumir todo esto sin llevar a cabo primero una profunda renovación de sí misma. Y también los lectores habían disminuido,



atraídos frecuentemente más por las imágenes que por la página escrita, y más por el internet que por los libros. Una atmósfera profundamente modificada que hoy todavía encuentra dificultades para definirse dentro de un marco más claro y más sólido.

En estas condiciones era tal vez inevitable

que también la microhistoria italiana, jalonada por muchas partes a la vez, sufriese alteraciones, interpretaciones deformadas y simplificaciones. Y si aún su propuesta ha tenido y continúa teniendo una fuerte resonancia, eso es porque, me parece a mí, ha tenido una sensibilidad mayor que la historia más académica hacia esas nuevas cuestiones que los nuevos investigadores y los nuevos lectores se planteaban. Y ha tratado de mostrar en el fondo, no la debilidad de la

generalización en historia, sino más bien que aquello que el historiador puede y debe generalizar son las preguntas, las que se plantean entonces dentro de contextos temporales y espaciales diferentes, dejando a las situaciones singulares su especificidad irreplicable. Dentro de un mundo que no cree más que se puedan encontrar fundamentos comunes y universales, las preguntas sobre el modo de organizarse de los hombres, y sobre cómo darle sentido al mundo de cada uno, pueden todavía ser reivindicados como posibles ejercicios de esta microhistoria italiana.

Veamos entonces cuáles son las características de la microhistoria italiana que la convierten en una cosa distinta de una simple identificación de nuevos temas de

investigación, o del simple rechazo de la síntesis y de la macrohistoria. Las esquematizaremos de esta manera:

1. Una definición de la actividad del historiador que quiere al mismo tiempo preservar la absoluta irrepeticibilidad de los acontecimientos, pero también la

posibilidad de la generalización partiendo de los casos particulares. Digamos entonces: la historia es la ciencia de la especificidad de los casos, pero también de la generalizabilidad, no de las consecuencias sino de las preguntas. Las mismas preguntas pueden ser planteadas en contextos diferentes, no para tener confirmación y analogías o similitudes, sino para encontrar respuestas que son válidas sólo para cada uno de los casos específicos. La historia entonces, partiendo del examen de los casos o de

un caso, identifica elementos relevantes, preguntas generales que orientan la lectura de otros casos, los que no obstante siguen conservando su propia especificidad. Doy un ejemplo un poco paradójico: la identificación hecha por Freud partiendo de casos singulares de lo que él llama el complejo de Edipo, concebido como un problema relevante en el análisis, que no obstante deja a cada uno su manera específica de resolver el problema, pero que se plantea como una pregunta que tiene relevancia y presencia general.

2. Entonces no se trata de la investigación de lo típico: sería una traición a la historia negar que no existe una situación típica, una persona típica, un lugar típico, si por típico entendemos aquello que al ser estudiado nos

*Digamos entonces: la historia es la ciencia de la especificidad de los casos, pero también de la generalizabilidad, no de las consecuencias sino de las preguntas. Las mismas preguntas pueden ser planteadas en contextos diferentes, no para tener confirmación y analogías o similitudes, sino para encontrar respuestas que son válidas sólo para cada uno de los casos específicos.*

ilumina sobre otros casos de la misma serie. De modo que el caso típico no existe, pero la pregunta de validez general sí. No es típico Ménétrá, a pesar de que la introducción de Daniel Roche a su *Diario* recorte los caracteres típicos de la categoría del *compagnonnage*, eliminando todo lo que de personal y de interesante hay en la vida de Ménétrá<sup>5</sup>. Y tampoco nos interesa como típico el pequeño pueblo de San José de Gracia que ha sido estudiado por Luis González y González<sup>6</sup>, o en otro caso tampoco Montailou analizado por Emmanuel Le Roy Ladurie<sup>7</sup>, quien se ha visto obligado a sobrevalorar la historia de un grupo de ciudadanos que sufrió violencias atroces para defender su propia fe religiosa herética, para ser capaz de iluminar y de resaltar los aspectos que podrían transformar a esa pequeña aldea de Montailou en una ilustración típica de la sociedad campesina de su tiempo.

3. La microhistoria italiana no quiere contraponer a las Grandes Narraciones las pequeñas aventuras o la historia individual, renunciando a una investigación o a una búsqueda de la verdad. No se trata entonces aquí de relativismo, sino precisamente de todo lo contrario: son esas grandes narraciones las que han renunciado a una parte fundamental de la historia, siguiendo los modelos estructural-funcionalistas de una ciencia inductiva a la búsqueda de leyes de validez universal, que cancelaban como irrelevante al acontecimiento y a las personas. El rechazo de la historia de los acontecimientos por parte de Braudel, es

paralelo con la definición de Radcliffe-Brown sobre la antropología social: “la continuidad de la estructura social, exactamente como la de una estructura orgánica, no se modifica para nada a partir de las variaciones de sus unidades singulares. Los individuos pueden desaparecer por muerte o por otras razones diversas, pero otros pueden entrar a formar parte de la misma estructura. La continuidad de esa estructura social se mantiene por el proceso general de la vida social”<sup>8</sup>. La microhistoria italiana no aísla entonces el hecho bajo observación del contexto general, sino que más bien busca, en un examen riguroso de un caso singular, las preguntas fundamentales que permiten una reconstrucción de la realidad, siempre parcial pero no por ello separada o ausente de un fragmento importante de la verdad.

4. Finalmente, cambia con todo esto la imagen de la realidad. Las lecturas macro tienden a la linealidad, a la coherencia, a la continuidad, a la certidumbre, incluso cuando escriben una biografía, y tienden a darnos la sensación de una información completa, o al menos a utilizar una autoritaria presentación de la información que se aparece como coherente y total. Creo que en esto la microhistoria italiana ha combatido uno de los mayores retrasos de la historiografía respecto de las otras ciencias sociales, recuperando la incertidumbre, la incoherencia y la no linealidad. Pensemos por ejemplo en la economía, que en estos últimos decenios se encuentra en el proceso de la revisión continua de sus bases teóricas



<sup>5</sup> Véase Daniel Roche (editor), *Journal de ma vie. Edition critique du Journal de Jacques-Louis Ménétrá, compagnon vitrier au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, Ed. Montalba, 1982.

<sup>6</sup> Véase Luis González y González, *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, Ed. El Colegio de Jalisco-El Colegio de Michoacán, 1968.

<sup>7</sup> Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montailou, village occitan de 1294 à 1314*, París, 1975.

<sup>8</sup> Véase R. Radcliffe-Brown, “The function concept in social sciences” en *American Anthropologist*, vol. XXXVII, 1935, p.5.



neoclásicas, las que imaginaban a sus protagonistas siguiendo siempre comportamientos similares y basados en la racionalidad, en las elecciones mejores a partir de estar dotados de una información total. Pero en cambio, hoy en el centro del debate teórico de los economistas se encuentra precisamente la siguiente pregunta: ¿en qué términos es posible construir una teoría económica que tenga en cuenta las diferenciaciones de esos protagonistas, y la incoherencia de sus distintas racionalidades, de sus diferentes elecciones, de sus necesidades, de sus deseos y de sus también diversos valores?

5. La microhistoria italiana parte entonces de la consideración de la incongruencia de lo real y de la parcialidad del conocimiento, lo que no quiere decir que no se aproxime cada vez más hacia la verdad acerca de esa realidad de manera indefinida, sino sólo que siempre es posible discutir y encontrar otras perspectivas de lectura de esta misma realidad. Y entonces es el método el que se encuentra en el centro del trabajo de los microhistoriadores italianos. La observación al microscopio de un hecho permite plantearse nuevas preguntas, que amplían nuestra comprensión de la realidad y que enriquecen nuestros procedimientos cognoscitivos. No se trata entonces de un rechazo de las grandes narraciones, sino de adentrarse en los logros y las posibilidades de estas últimas, para corregir sus simplificaciones, y para modificar sus perspectivas y sus conceptualizaciones. Y ello por la simple conciencia, que debe ser explicitada y elaborada como una parte fundamental del trabajo del historiador, de que la historia no se encuentra contenida más que muy parcialmente dentro de los

documentos, los que siempre están llenos de lagunas y que en muchos sentidos son falsos. “El acercamiento experimental que coaguló a finales de los años setenta en el grupo de estudiosos italianos que dieron origen a la microhistoria... estaba basado en la aguda conciencia de que todas las fases que definen la investigación son construidas y no dadas de antemano... pero esta acentuación del momento constructivo inherente a la investigación, se unía a un rechazo explícito de las implicaciones escépticas (postmodernas si se quiere), también presentes en la historiografía europea y norteamericana de los años ochenta y de los primeros años noventa”<sup>9</sup>.

6. Me parece también necesario subrayar el vínculo estrecho entre el nacimiento de la microhistoria y la crítica política. Una crítica interna a la izquierda, nacida de un grupo de historiadores con profundas raíces en el marxismo, pero no obstante siempre externos al Partido Comunista Italiano, ubicados en posiciones liberal socialistas (en lo que ha sido definido como la corriente libertaria del liberal socialismo), a la izquierda del conservadurismo también cultural de la política y de la historiografía de ese Partido Comunista. Aunque entiendo que ésta es una referencia estrictamente italiana, que nos reenvía al accionismo y a la personalidad de Carlo Rosselli, y que no puedo pedirle al lector que no es italiano que sea capaz de captarla plenamente.

7. “Estos son entonces los puntos comunes y las posiciones que caracterizan a la microhistoria: la reducción de la escala, el debate respecto de la racionalidad, el pequeño indicio como paradigma científico, el rol de lo particular (sin embargo, no en oposición a lo social), la atención hacia la recepción y hacia la

GIOVANNI LEVI/REPENSANDO LA MICROHISTORIA ITALIANA, 30 AÑOS ... GIOVANNI LEVI/REPENSANDO LA MICROHISTORIA ITALIANA, 30 AÑOS ...



<sup>9</sup> Véase sobre este texto Carlo Ginzburg, “Microstoria: due o tre cose che so di lei” en *Quaderni Storici*, núm. 86, 1994, también incluido después en el libro *El hilo y las huellas. Verdadero, falso, ficticio*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010.

narrativa, una definición específica de contexto y el rechazo del relativismo”<sup>10</sup>. Este era el resumen de un ensayo que escribí en 1991, y que trataba también de mostrar cómo aún cuando fuesen tan distantes los temas y los modos de aproximación de los microhistoriadores italianos, divididos entre historia social e historia cultural, había entre ellos una sustancial homogeneidad de métodos y de problemas.

Si entonces regresamos a Peter Burke, me parece evidente que su lectura enfocada en el elemento temático no solamente deforma a la microhistoria italiana, sino que atribuye a nuestro trabajo caracteres ideológicos lejanísimos de nuestra perspectiva, de nuestro enfoque y de la realidad de nuestro trabajo. “La micro-historia es un tema extremadamente italiano, vinculado con las lealtades locales que algunas veces han sido descritas como *campanilismo*”. Entonces, para Burke ocuparse de una pequeña aldea o de una persona, se convierte en el motivo psicológico que explica el nacimiento de la microhistoria italiana. O todavía más: “los estudios de la comunidad del pasado apelan a la nostalgia, y tienen que ver con la sobrevivencia de las comunidades en nuestro propio presente”.

E igualmente “las narraciones históricas de acontecimientos en pequeña escala, son frecuentemente lo que los periodistas llaman ‘historias de interés humano, narradas más o menos con sus propios términos, y que combinan la atracción del pasado con lo que es una historia detectivesca o un drama’... no pocas microhistorias tienen un fuerte componente de sexualidad y de escándalo y algunas tienen títulos sensacionalistas”<sup>11</sup>.

No quiero concluir este texto sin recordar que hoy la microhistoria italiana, concebida en términos rigurosos, continúa todavía su camino dentro del debate, y quien lea estas páginas podrá confirmar esto en diferentes libros y artículos con los cuales yo me encuentro en amplia coincidencia. Recordaré solamente dos, que señalan dos límites temporales de toda esta amplia discusión: en primer lugar el artículo de Edoardo Grendi, quien ha sido el verdadero padre de la microhistoria, “Microanálisis e historia social”<sup>12</sup>, y en el otro extremo un libro reciente de Henrique Espada Lima, que es tal vez el más completo e inteligente examen de las características, de los enfoques, y también de los límites de esta propuesta de método<sup>13</sup>.

Escribiendo estas páginas en honor de un amigo que cumple sesenta años, quizá he regresado sobre un debate que es en parte estéril, aún cuando pienso que la microhistoria italiana tiene todavía hoy un fuerte potencial de estímulo hacia la investigación, en un mundo muy cambiado, en el cual la fragmentación y la debilidad misma del rol de la historiografía se hace cada día más y más evidente. Los propios libros han perdido su centralidad frente a los medios de comunicación masiva, que sugieren otras metodologías, y que también confrontan su velocidad y su simplificación a nuestra lentitud y a nuestra complejificación. No obstante todo esto, Matti Peltonen se ha tomado muy en serio a la microhistoria italiana, y a él se debe la difusión del trabajo de la misma en Finlandia: por ello creo que, por lo menos, quizá a él le resultarán interesantes estas consideraciones, las que en el fondo, son consideraciones posiblemente melancólicas.



<sup>10</sup> Véase Giovanni Levi, “On Microhistory”, en Peter Burke (editor), *New perspectives on historical writing*, Cambridge, Ed. Polity Press, 1991, p. 110.

<sup>11</sup> Véase Peter Burke, antes citado, pp. 263-264.

<sup>12</sup> Véase Edoardo Grendi, “Microanalisi e storia sociale” en *Quaderni Storici*, núm. 35, 1977, pp. 506-520.

<sup>13</sup> Véase Henrique Espada Lima, *A micro-história italiana. Escalas, indícios e singularidades*, Rio de Janeiro, Ed. Civilização Brasileira, 2006.